

# El espejismo de Internet

MARÍA BELÉN LÓPEZ DELGADO

Fue por la década de los 60 cuando tres sesudos norteamericanos, Leonard Kleinrock, profesor de Ciencias en la Universidad de UCLA, JCR Licklider, primer informático en atisbar la posibilidad de una red planetaria y un tercer informático, Robert W. Taylor, decidieron formar el llamado Grupo de Trabajo de la Red (Network Working Group), con el fin de desarrollar los estudios e investigaciones que darían con la piedra filosofal del siglo: Internet. Un invento tan maravilloso como diabólico que, sin apercibirnos siquiera, nos cambiaría la piel de nuestro tradicional *modus vivendi* para vestirnos de... megabytes, diría yo.

Me sorprendo a mí misma de que, después de tantos años de estrecha convivencia con el invento convertido en fenómeno social, me persiga la obsesión de tratar de entender la invasión que Internet ha supuesto en nuestras vidas; más que de entenderla en sí, es el cómo nos hemos dejado invadir por él. Ya debería, yo, a estas alturas, estar de vuelta de todo lo que nos ha dado, y también de todo lo que nos ha quitado. Pero lejos de eso, me empeño en recordar cómo era mi vida –nuestra vida–, antes de Internet. Y no soy capaz de fijar la imagen de aquella otra forma de vivir.

La inmensa mayoría de nosotros está encantada con las facilidades y divertimentos que nos proporciona este nuevo apéndice de nuestro cerebro en que se ha convertido Internet. Realmente no es que se haya convertido, es que nació con esa vocación. Pero, a mí, los que de verdad me dan la tabarra, con insistencia, son los contras; no por numerosos, que también, sino por peligrosos. Que nadie se alerte, que no voy a destrozar la imagen de nuestro ya imprescindible asidero cotidiano. Sería una misión quasi imposible. Es un imparables tsunami tecnológico.

Se echarían las manos a la cabeza mis propios hijos si me llegaran a oír decir todo esto sobre Internet. Es una batalla que di por perdida con ellos mucho antes de empezarla. Creo firmemente que Internet nos ha vaciado

no poco el cerebro y mucho el alma; en el supuesto de que sea en el alma en donde alojamos buena parte de lo que nos hace seres humanos completos.

Veo con estupor que son ya demasiados a los que les place más una tarde a solas frente a su ordenador que una tertulia de amigos. Esto, en la gente más joven, se da con harta frecuencia. Un teléfono móvil no nos sirve para nada sin su cordón umbilical con Internet. Y, éste, con su magia, ha convertido un sencillo y práctico artilugio con el que poder comunicarnos de forma simple y sin molestos cables en un almacén de “imprescindibles facilidades” que nos roban la vida. Con lo cual -y como solemos decir-, una cosa lleva a la otra y, así, nos vemos inmersos en un mundo no elegido, pero que hemos aceptado de mil amores. Nos permite ver y hablar con nuestro amigo que está en Japón, con nuestra familia en Alabama; nos permite consultar el estado del tiempo, un diccionario, etc. de forma instantánea; pues bien, ese mismo artilugio está siendo la ruina de nuestra juventud. Pasan la mayor parte de su tiempo libre con ese aparato, enredados en mensajitos innecesarios, generalmente. Pocos, ya, leen un libro. Tienen muchos conocimientos sobre infinidad de cosas, pero poca o ninguna cultura. Esta vacía absorción por Internet los convierte en perfectos ignorantes, y en presa fácil de la incendiaria verborrea de cualquier radical o antisistema que, además, suele venir acompañada de un insistente anticlericalismo sin más alternativas. Como, por ejemplo, el partido ultraizquierdista Podemos. Decía Cicerón: “Si ignoras lo que ocurrió antes de que tú nacieras, siempre serás un niño”.

Nos han imbuido a todos de la necesidad perentoria de almacenar una insólita variedad de aplicaciones y videojuegos que nos mantendrían a la última en todo lo que pasara en nuestro planeta. Y es obvio que esto nos resulta tremendamente tentador.

Yo, a Internet, lo veo como un capo virtual de la droga informática que, muy sutilmente, nos dijo en su momento: “Os voy a hacer una oferta que no podréis rechazar”. Y así ha sido. Por ejemplo, WhatsApp. ¿Quién se resiste a WhatsApp? Se nos ha inyectado en vena. Si nos lo quitaran súbitamente, una inmensa mayoría de usuarios entraría en estado de cianosis *ipso facto*.

¿Y qué tiene de malo WhatsApp? Algunos se preguntarán. Es tan útil, tan divertido, tan facilitador... Pues lo malo de esta aplicación es que ha arrinconado al cuarto trastero la comunicación personal directa; el placer de quedar con los amigos para charlar; el que hasta nos lleguemos a olvidar de ese timbre de voz humano que nos era tan familiar y cercano; de la alegría de escuchar y sentir el calor de una exclamación de afecto al saber reconocida nuestra voz al otro lado del artilugio. Y, queramos o no, la pérdida de estas pequeñas-grandes cosas cotidianas nos aísla en un mundo de fríos chips que

no saben nada de sentimientos. Lo peor es que nos lo hemos dejado arrebatar porque no valoramos lo suficiente lo importante de esta concesión. Para colmo de la intromisión, recientemente, esta aplicación nos pide que le entreguemos todos nuestros datos, agenda y demás, erigiéndose en una caja fuerte de nuestra agenda diaria.

Pero no sólo es WhatsApp. Internet también nos va robando la deliciosa sensación de leer y tener un libro de “carne y hueso”, es decir, de papel y tinta, en nuestras manos; de disfrutar de una agradable comida familiar en la que nuestro móvil no sea el protagonista al que prestamos más atención que a nuestros compañeros de mesa.

Por otro lado, Internet es, también, un delator consentido y metomentodo que quiere saber dónde estás en cada momento; un chivato que dice a los demás que no has querido darte por enterado de su inoportuno mensaje o llamada. Con Internet ya no vale hacerse el “longuis” con los pesados de turno. Te delata y obliga sin apenas contar contigo, lo cual te puede crear un conflicto de inesperadas consecuencias. Hasta incluso se han dado algunas roturas de parejas por estos malentendidos. Las dos conocidas señales azules te apuntan como burlones delatores.

Poder hablar entre nosotros, sin dejarnos suplantar por una máquina, es un privilegio que Dios nos ha dado, y que estamos despreciando con indolencia. Yo siempre digo que no es lo mismo hablar que escribir, ni mucho menos. Tu tono de voz dice mucho de tus emociones, de tu grado de sinceridad o cercanía, de tus preocupaciones, etc. No, definitivamente no es lo mismo.

Internet es un seductor deslumbrante y manipulador que nos dibuja seres virtuales muy atractivos, que nos ponen amistosamente sus manos sobre nuestros hombros para girarnos en dirección contraria a la esencia de nuestro ser; a lo real y tangible, a la familia, la amistad, los valores y un aprendizaje sólido y veraz. Es tan atractivamente perverso que a los adolescentes, sus víctimas más propicias, hasta les ha aliviado el tormentoso proceso de hacerse adultos a cambio de “lobotomizarles”, un tanto, el cerebro; con Internet en sus manos se sienten poderosos e independientes. Ahora, también me estoy refiriendo a las redes sociales. Menudo regalito envenenado.

Pero asumo la contradicción. Y deslizo este escrito por una línea muy frágil entre la admiración por el fenómeno y el rechazo al mismo. Sería un empeño inútil, por mi parte, negar la evidencia del avance que suponen las nuevas tecnologías; no, claro que no vivo de espaldas a ellas; las uso y las necesito. Lo que estoy tratando de expresar es mi frustración porque no hayamos sido capaces de poner coto a su uso. No acierto a ver en qué momento hemos dejado entrar a este “okupa” en nuestra vida, que nos ha arrebatado

preciosos espacios de nuestra condición humana dedicados a pensar, meditar, leer, compartir, rezar; en definitiva, a crecer en nuestra faceta primordial para la que fuimos creados. No pierdo de vista que su intromisión ha sido tan avasalladora, tan deslumbrante, que, quizás, no nos ha dado tiempo a ponernos un poco a salvo; ahora ya no es posible la marcha atrás.

Me resulta irritante ver con qué urgencia dejamos a alguien con la palabra en la boca para mirar en nuestro móvil un whatsapp o contestar un mensaje prescindible en Facebook, escrito, probablemente, por alguien a quien ni conocemos personalmente. Reconozcamos que este intruso nos ha vaciado, no poco, de la sensibilidad de atender incluso al ruego de una mirada amiga en lugar de fijar nuestro interés en una pantalla de coloridas tentaciones.

Puede que lo que voy a decir suene exagerado, pero cuando me adentro en estas reflexiones veo a Internet como un nuevo anticristo que, a mí, me ha destruido la esperanza de que podamos retomar el camino de lo real, de lo que es de verdad. De ponerle resistencia a que diluya, tan tontamente, aspectos tan esenciales de nuestro convivir por este absurdo sumidero. Tenemos que sustituir el abuso por el uso, que es lo que realmente lo hace perverso, y por lo que pagamos una factura personal muy alta.

No quisiera dejar aquí una imagen tan quejica de este indiscutible avance, porque justo es reconocer que también puede ser muy aprovechable para nuestra causa. Ahora hablo de la causa cristiana. De pronto, una noticia inesperada me ha dado un respiro que me ha venido a ahondar en una idea; más que en una idea, en un deseo. Escucho en la radio que el obispo de Almería ha ordenado catorce sacerdotes jóvenes. Y he dado un respingo de esperanza, preguntándome: ¿pero de qué pasta están hechos estos “catorce magníficos”, que no se han dejado seducir sin remisión por este demoníaco “absorbe-vidas”, que han sabido poner coto a este diablo con apariencia de amigo, y que, a buen seguro, han sabido discernir para sacar provecho de lo que nos ofrece el mundo actual sin perder de vista lo mollar?

Por supuesto que nuestra Iglesia católica, al igual que tantos de nosotros, se ha tenido que rendir a la evidencia de lo que Internet nos ofrece de bueno. Y bueno es que lo haga. Muchas veces –permítaseme decirlo con todo respeto– para combatir a un enemigo o defenderte de él, hay que utilizar sus mismas armas, –en este caso, herramientas–, ya que son las que se nos han impuesto para configurar esta nueva forma de vida, y no sólo nuestros móviles y ordenadores. En este punto, vuelvo a asumir mi contradicción y, humildemente, sugiero a la Iglesia que promueva una imaginación creativa dentro de esta juventud católica, no reñida con las nuevas tecnologías, con

toda seguridad capaz de diseñar una aplicación o videojuego didácticos y atractivo encaminado a transmitir, de forma interactiva, la presencia de Dios como auténtica tabla de salvación, también dentro de este mundo virtual. Que quizás se podría conseguir sin tener que despreciar los demás atractivos que nos ofrece Internet. Que la Iglesia católica se haga cómplice de tantos padres de familia para los que, por sí mismos, sería una misión imposible. Me resisto a pensar que no hay una fórmula para contrarrestar la alienación provocada por el absurdo Pokemon.

Vengo a decir que, visto lo visto, habría que vigilar de cerca a este avaricioso adversario y tratar de domeñarlo en su propio terreno. Ya sé que no es fácil. Pero, si consiguiéramos presentar un aspecto más actualizado de nuestra Iglesia, de nuestra religión católica, que a ojos de muchos nos ha hecho aparecer como unos aburridos, tristes y, tantas veces, con complejo de culpa, quizás algo se podría cambiar.

Ineludiblemente, en mi humilde opinión, tenemos que dar la batalla con un formato atractivo a este adversario virtual del que casi estamos excluidos. Que, desde ahí, nuestros jóvenes se sintieran embajadores de unos valores de los que presumir muy orgullosos; que pudiéramos defender con argumentos, que los tenemos y muy buenos, que nosotros sí somos una religión de paz; que nuestro Dios no exige convencer, con alfanjes, de la bondad de nuestro mensaje; que nosotros no somos los infieles a los que degollar como corderitos porque no rezamos igual. Y que, aunque no tenemos carnet de ser mejores que otros, sí que respetamos las creencias de esos otros.

También, desde Internet, podríamos dar mucho más relieve a nuestra iglesia misionera que, vista desde fuera, es especialmente atractiva, y por la que siento un grandísimo afecto y admiración. Son los verdaderos y auténticos héroes, sobre todo, en estos difíciles tiempos donde los cristianos somos perseguidos y asesinados. Sin embargo, ellos no abandonan nunca su puesto. Pienso con desazón en lo solos que los dejamos desde nuestras posiciones más acomodadas. Haría falta una concienciación más insistente, un plus de aliento para los que dan por los demás hasta lo que no tienen con tal de mantener viva la idea de Cristo. ¡Qué menos podemos hacer por ellos! No debemos quedar dormidos en aquel mundo en donde se decía que “el buen paño en arca cerrada se vende”; ahora, hay que airear el paño.

Hablando del mundo misionero, me siento en la necesidad de hacer una confesión personal: hace ya algunos años tuve la suerte de presenciar la entrevista, en directo, que le hizo Rafael Ortega Benito, en su magnífico programa “Frontera”, a José García González, más conocido por su apelativo de “Garcigonza”, un misionero adorable que, después de pasar casi 50 años de su

vida en Zimbabwe, en la misión de Hwange, en donde el 95% de su población estaba, y sigue estando, enferma de sida, tuvo que volver, muy a su pesar, a España, obligado por un cáncer de estómago. Descubrí en Rafael Ortega a un gran admirador de este cuerpo de élite de la Iglesia, como yo llamo al mundo misionero; incluso, escribió sobre él un libro muy interesante, *La Tumba del Obispo*. Leyendo este libro, relatado con el entusiasmo contagioso que el autor tiene por ellos, me acerqué aún más a este mundo apasionante.

Pude ver en esa entrevista cómo Rafael supo sacar lo mejor del misionero, al que se le iluminaba la mirada y la cara con un gozo difícil de describir al recordar su misión y a sus “morenos”, como él decía. Me emocionó ver cómo “Garcigonza” transmitió, de la mano de Rafael Ortega, su alegría por ser un humilde embajador de Dios, decía él. Y yo me sentí pequeña e insignificante ante tanta grandeza de espíritu. Y mi admiración por todos ellos fue desde entonces, y es, infinita. De no haber tenido yo esa magnífica oportunidad quizás habría pasado superficialmente por algo que, sin pretenderlo, cambió algunos de mis puntos de vista sobre los hombres y mujeres de nuestra Iglesia católica. Esta faceta es digna de ser proclamada, si es necesario, también desde Internet.